

Orlando Mazeyra Guillén

El niño de La Arboleda

Prólogo de
Juan Manuel Robles



PESOPLUMA

El niño de La Arboleda

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editorial. Reservados todos los derechos de esta edición para el mundo.

© Orlando Mazeyra Guillén, 2021

© Pesopluma, 2021

1ª edición: agosto 2021

Serie LiteraRutas Contemporáneas / Cuento

Tiraje: 500 ejemplares

BENEFICIARIO DE LAS LÍNEAS DE APOYO
ECONÓMICO PARA EL SECTOR CULTURA



PERÚ

Ministerio de Cultura

Pilota: Paloma Reaño

Copiloto: Teo Pinzás

Tripulante: Solène Retourné

Imagen de portada: Detalle de *Twilight*, de Ekaterina Smirnova
(ekaterina-smirnova.com)

Diagramación de interiores: James Hart

ISBN: 978-612-4416-27-9

Proyecto Editorial N° 31501202100371

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-07153

Editado por Pesopluma S.A.C.

Parque Francisco Graña N° 168, Magdalena del Mar, Lima – Perú

www.pesopluma.net | contacto@pesopluma.net

Impreso por Tarea Asociación Gráfica Educativa.

Psje. María Auxiliadora N° 156-164, Breña, Lima – Perú

Agosto de 2021

ÍNDICE

Prólogo	9
Fin de un ciclo	17
El hombre fragmentario	23
Honrarás a tu padre	27
Terapia de control de la ira	33
Vivir en otro continente	37
Extraños en la casa	41
El doctor «Vecuronio»	45
El puente Chilina	49
Una mujer que te haga perder la cabeza	53
Género	57
Matar al presidente	63
Entre tocayos	67
Dama de compañía	71
Comprar un cajón en la Pampilla	77
Mandrágora	81
Cicatrices	85
Tenderle la cama a Fujimori	89
Cambiar el foco de la luz	95
Matar por venganza	101
La última verdad	107
El niño de La Arboleda	111
¿Abrimos una cuenta?	115
El tío Venancio	119
El cuarto de sillar	123
Amistades rotas	127
Si dios quiere	133
Agradecimientos	139

Escribía cuentos [...] no sé muy bien cómo explicarlo, digamos que hablaban de fracasos, de errores, uno por ejemplo hablaba de un hombre que se pasa la vida soñando en un viaje y cuando un día finalmente tiene oportunidad de hacerlo, ese día se da cuenta de que ya no lo desea.

Antonio Tabucchi, *Nocturno hindú*

El hombre que vive a pesar de la realidad es más grande que quien vive gracias a ella.

Ricardo Piglia, *Los diarios de Emilio Renzi*

Pero si le decía —como le dije—: «¿Disfrutas de la vida, madre? ¿Está todo bien?», se limitaba a mirarme con impaciencia y a girar los ojos. «Richard —decía—, nunca conoceré la felicidad plena. No está en mi naturaleza. Concéntrate en tu vida».

Richard Ford, *Mi madre*

Fin de un ciclo

El decano —un filósofo venido a menos que, además de echarse demasiada gomina en el pelo, siempre parafrasea a Nietzsche— lo ha citado «con carácter de urgencia» un día después de la entrega de las notas de los exámenes finales.

Él, que más o menos comprende de qué va a versar la reunión, llega con quince minutos de anticipación y consulta su reloj con mucha ansiedad. Se introduce un par de caramelos mentolados en la boca y, como para atajar la desesperación que se apodera de él, se pone a leer un libro de Leonardo Padura que está a punto de terminar.

—Yo también fui alumno de tu abuelo —lo sorprende el decano en medio de la lectura; él enseguida se pone de pie, asiente y le estrecha la mano esbozando una sonrisa—. ¿Tú sabías eso? Te apuesto que no tenías la menor idea.

—¿Saber qué cosa, doctor Buleje?

—Que estudié en el colegio militar Francisco Bolognesi y que tu abuelo fue mi profesor de varios cursos en cuarto y quinto de media.

—Ah —exclama fingiendo sentirse orgulloso de la noticia—, mi abuelo: él le ha enseñado a tanta gente en la ciudad...

—El colegio militar de mis tiempos era otra cosa, Mazeyra. Creo que no te lo puedes imaginar.

—¿A qué se refiere usted?

—A la calidad de los docentes de aquellos años que no volverán. Eran, sin duda, otros tiempos, ¡otra gente!

—La gente mayor siempre piensa que todo tiempo pasado fue mejor —se anima a comentar sin pensar en que

esto puede contrariar al decano—. Quizá me pase lo mismo cuando termine de hacerme viejo.

—¿Cuántos años tienes, Mazeyra? —pregunta mirándolo con condescendencia y tratando de leer el título de la novela que sostiene con una de sus manos.

—Treinta y ocho. ¿Y usted?

—En abril cumpliré setenta. ¿Qué te parece?

—Que está muy bien conservado.

—Gracias. Me gustaría decir lo mismo de ti, pero...

—No es necesario irnos por las ramas, doctor Buleje —lo interrumpe él—. Creo que no me ha llamado para hablar de la vejez y de tiempos mejores.

—Claro que no —le responde—, para eso ya tengo a mi esposa y a mis viejos amigos con los que juego tenis todos los sábados en el Inter.

—Entonces dígame en qué puedo servirlo, doctor.

—No me llames doctor. Tú sabes muy bien que yo me cago en los títulos, sobre todo si son de universidades peruanas. Háblame con la mayor confianza del mundo, hijo. Yo bien podría ser tu padre.

—¿Hablarle?

—Sí, de repente por ahí necesitas a alguien que te escuche, que te acomode las ideas y que te saque de esa situación.

—¿Cuál situación? —pregunta alzando un poco la voz.

—Te has abandonado. Este semestre tú solito te has complicado, Mazeyra. No puedes seguir así. Mira tu barba, tu camisa, tu rostro... Me he demorado en hablarte porque pensé que un tipo tan inteligente como tú iba a tener la lucidez suficiente como para resolver por su propia cuenta sus temas personales... pero ya se acabó el año y sigues en las mismas.

—No le entiendo.

—¿Qué ganas con eso, Mazezra? No ganas nada.

—¿Con qué?

—¿Qué ganas bebiendo, hijo? —le pregunta—. Mira, yo soy un bebedor social. De vez en cuando me tomo mis tragos, me la pego con mis patas y no pasa nada. Pero dedicarle todo el tiempo al licor ya es un problema que te está superando.

—Nunca faltó a clases, doctor.

—Escúchame bien porque no te lo voy a volver a repetir: si me dices doctor una vez más, entonces daré por terminada esta conversación.

—Conocí a una chica, no es de esta universidad...

—Eso lo sé muy bien, porque te hubiera despachado hace rato.

—Me dejé llevar por ella y su locura. Perdió al padre hace poco tiempo y es muy intensa, vive cada día como si fuera el último, no le estoy exagerando. Ella me ha hecho volver a la bebida de una manera desbordada.

—¿Siempre tomas con ella?

—Nos emborrachamos en cualquier lado antes de irnos a la cama.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinte.

—¿Y no te cansas?

—La verdad es que el cuerpo ya no me da.

—¿Y vas a seguir con ella?

—Sí.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta cuando termine de destruirme. La voy a amar hasta el fin.

—Nietzsche te diría que estás prometiendo cosas que no podrás cumplir. Aunque siempre hay algo de locura en el amor, pero siempre hay algo de razón en la locura.

—Yo no estoy enamorado de ella. Solo la utilizo para sacarme de encima una sola cosa.

—¿Cuál?

—El quebranto... Esta pena tan grande que se llama...

—Micaela.

—Si me va a echar, solo le pido un favor... por mi abuelo.

—¿Qué favor, Mazezra?

—Diga que yo mismo renuncié, que le dije que ya estaba cansado de todo. Se lo agradecería mucho, doctor Buleje.

—Esta reunión ya terminó hace rato.

—Es Padura —le informa entregándole el libro—. Se lo regalo por Navidad, estoy seguro de que le va a gustar.

El decano recibe el libro de buena gana y luego se despiden en silencio. Es su último día de trabajo. Las vacaciones ahora serán más que largas. Vuelve a casa en la combi pensando en los grandes catedráticos que pueden tomarse años sabáticos, piensa en su abuelo que siempre fue un maestro decente... y termina pensando en él mismo que otra vez está en la maldita calle.

Cuando llega a casa, se encuentra con su madre en la cocina. Comen juntos arroz verde con pollo y toman un café.

—Gracias por la comida, mamá —le dice—. Tengo que contarte una cosa.

—Dime, hijo.

—Renuncié.

—¿Adónde? —pregunta sin entender y moviendo las manos nerviosamente.

—A la universidad, ya estaba harto. ¡Ya me cansé de tanta mierda!

Su madre deja caer la taza de café al suelo y, en ese rostro desencajado, él descubre la imagen viva del quebranto.

—Y ahora, ¿con qué dinero vas a comprar cervezas? —le pregunta su madre.

—No sé —le confiesa pensando en la chiquilla de veinte años con la que pierde el tiempo y también lo poco que le queda de cordura—. No sé, mamá, no sé...

—Que Dios se apiade de ti, hijo.

—Y de ti también, mamá.